

Manifiesto abierto a la estupidez humana

(Capítulos II y III)

Ezio Flavio Bazzo

CAPÍTULO II

Para que salga fuera lo que está dentro, debemos abrir la concha, pues cuando tú quieres coger la pulpa no tienes más remedio que romper la envoltura. Y, por tanto, si deseas descubrir la desnudez de la naturaleza debes destruir sus símbolos, y cuanto más lejos llegues en esto, más cerca tendrás a su esencia. Cuando arribas al UNO que dentro de sí reúne todas las cosas, ahí te quedas.

Meister Eckhart

Enfermo como ya estás, con el alma en la tumba.

No permites que tu padre se acerque a ti, ni que tu madre te de acogida en sus senos, porque piensas haber llegado a la madurez porque no sabes que eres un niño débil y con un rol de macho doméstico...

Tú estabas adornado con una corbata roja en el parlamento inglés, levantabas tus brazos después, delante del espectáculo medieval del «cambio de la guardia»... Aquellos soldados idiotas eran para, los defensores del pueblo y de la gran Bretaña. Estabas sucio insoportable en un tren que iba a Estambul y por una silla, tú agrediste a una mujer pura y delicada. En las islas de Grecia eras tú quien vendía narcóticos y heroína a la multitud de jóvenes suicidas que ahí estaban y que, por ser hijos y nietos del Populacho, creía en tus mentiras y en tu dialéctica de cerdo-vendedor. En Ibiza Formentera, tú ibas en uniforme a prender o agredir a aquellos que allí estaban tocando violín aliado de las aguas verdes del Mediterráneo, y que no hacían parte de tu mundo caótico e irracional (Quiero decir: racional-obsesivo).

-Ah, Populacho!

-Pobre Populacho!

Siempre tú, dominante y heredero de todo el patrimonio humano. Siempre tú a devaluar la vida o a colgarse de una cuerda. Tienes miedo de tus propias manos, de tus propios pasos y de tus propios pensamientos, porque sabes que tu corazón siempre te invita al suicidio.

Estuve por casi todos los sumideros de la vida, vistiendo tu ropa, hibernando delante de tus novelas, rezando para tu dios, fingiendo tener epilepsia en tus «macumbas» y manteniéndome sobrio delante de tus delirios de grandeza y de mesianismo. Pero tú nunca me engañaste. Siempre te he visto más allá de tus máscaras, más allá de tus gestos estereotipados, más allá de tus farsas de pedante o de teórico insoportable. Ustedes: maestros, curas, políticos, terapeutas, místicos y «padres de familia», si fueran sometidos a un juicio real, estarían más abajo que las prostitutas. Más abajo que los delincuentes, más abajo que los perros hambrientos de las calles. Por eso, yo quiero mear a colores sobre sus nombres, sobre sus títulos, sobre sus armas, sobre sus deseos criminales.

Muchas veces me sometí a tus voluntades. Populacho, y fue entonces cuando descubrí que eres carente de todo. Tu madre fue una desgraciada, tu padre un desgraciado y tú tragaste todo el tiempo el humo de la desgracia matrimonial. Nunca tuviste afecto, ni seguridad, ni alegría, ni un GRAN DESEO. Por ser hijo, nieto y bisnieto de la *muchedumbre*, siempre fuiste rechazado e indeseable y siempre serás

muchedumbre... Muchas veces tus preguntas hicieron ruborizarme, también tus carcajadas maníacas; porque tuve temor de que mis hijos, un día, lleguen a ser como tú: un representante de la *Decadencia Humana*. Siempre que quieres cautivar a alguien, aceptas su religión, su partido y su idiosincrasia, por más estúpida que sea. Eres capaz de hacer al mismo tiempo la apología de un Franco o de un Bakunin.

Para ti, todo es igual, una vez que puedas esconder tus llagas. que puedas discursar en banquetes, que tengas prostíbulos donde emborracharte a las escondidas y donde hacerte pasar por Don Juan.

-Ah, Populacho! Todas las mujeres de los prostíbulos fueron esclavizadas por tu dominancia económica y por tu sexualidad reprimida, aunque tú no tienes inteligencia suficiente para percibir que ahora, después de que tú te declaraste el «macho-esclavizador», ellas crearan un lenguaje especial y una estrategia sutil para hacerte siempre de imbécil, de payaso y de un tonto que tiene dinero y una impotencia crónica. Después que supiste lo que pienso de ti, me odias y tienes fantasías de destruirme; pero tu vida no va más allá de fantasías. Aun sabiendo todo eso, siempre te escuché silencioso, a ti, que eres un comerciante, un industrial, un «hijo de María» o de Jehová. A ti que quieres ser un «doctor», un «noble», un «conquistador» o un «travesti». Siempre te escuché silencioso, porque sabía que tú desconoces la «Desobediencia Civil» de Thoreau, así como no estudiaste jamás las palabras de Zaratustra, no asististe una sola pieza de Ibsen ni un manifiesto de Strindberg. Tengo pena de ti, hombre de mi siglo y de mi tiempo. Tengo pena porque te encuentro que corres por las calles, que te tornas tartamudo por nada y por que molestas sirvientas en un autobús lleno. Tengo pena de ti cuando te observo en hileras públicas que esperas por un número, por una consulta, por un aumento de sueldo o, quien sabe, por un internamiento a un manicomio desgraciado. Ah, me gustaría Que tú conocieses la farsa de la ciencia y de la sociedad a la Que te entregas inocente...

-A veces te odio!

Te odio cuando quieres hacerte pasar por genio o cuando me saludas encogido, perfumado y con ropas de payaso. Te odio cuando me quieres exhibir una moneda de oro y cuando te ocultas bajo la estupidez colectiva. Tengo asco de ti, Populacho, cuando veo que masacras a los más débiles y cuando me robas con una sonrisa «cristiana» en los labios. Cuando te alcoholizas para conmemorar una rebelión progresista, cuando quitas libros de las bibliotecas y cuando no soportas la serenidad de los otros. Tengo náuseas cuando finges vivir en permanente «luna de miel» con tu esposa sumisa y esclava, porque *yo* sé que en lo íntimo, tu la odias y eres odiado. En lo íntimo, quieres usarla, exhibirla como a una perra, no ser un solterón, porque ser un solterón es dudar de toda ridiculidad social, es desafiar toda la debilidad gregaria y dependiente de los seres... es ser filósofo.

¿Pero, por qué te hablo todo eso?

Porque *estoy* hace dos días escribiéndote, si sé que a ti, nada de eso tiene valor. Si sé que tú quieres apenas marchar por el camino heredado, heredado y lleno de monumentos póstumos.

- Tú, Populacho! ¿Ya te olvidaste de Sacco y Vanzetti?

¿No te acuerdas de esos dos hombres valerosos que tú llevaste para la silla eléctrica, y eran inocentes, y eran valerosos y eran italianos al mismo tiempo que no pertenecían a ningún chauvinismo, como tú? Tú, nunca llegarás a ser como Vanzetti, ni tampoco tener el honor de un Sacco; pues eres un cobarde y estás ciego para los actos más vitales. Tú, *muchedumbre*, jamás podrás decir como Sacco, algunas horas antes de recibir una corriente de 2, 100 voltios en su cuerpo:

-»Mi convicción más profunda es de que *yo* he sufrido por otros crímenes de los que si *soy* culpable. Yo he sufrido por que *soy* un militante anarquista, y es cierto, lo *soy*; pero

estoy tan convencido de estar en lo cierto, que si usted pudiera darme dos veces muerte, y yo pudiera nacer dos veces más, volvería a vivir como lo he hecho hasta ahora.»

Tú. Populacho, jamás tendrás la valentía de, delante de un juez criminal como Thayer, decir lo que dice Vanzetti:

-»Y usted nos ve, juez Thayer, hace siete años que estamos encerrados en la cárcel. Lo que ambos sufrimos en estos siete años no puede contarlos ninguna lengua humana; sin embargo, usted lo ve; no tiemblo ante usted. Usted los ve: miro directamente en los ojos, no me ruborizo, no cambio de color, no me avergüenzo ni siento miedo.»

Y esos hombres fueron asesinados inocentemente por otros hombres como tú, por tu silencio y por tu complicidad. Fueron muertos por hombres que jamás tuvieron el placer de bucear por la vida misma, por hombres que están viviendo bajo la soberanía de cuatro enfermedades milenarias: la Familia, la Escuela, la Iglesia o el Estado.

LA FAMILIA: A falta de dioses hemos tenido que inventar abstracciones potentes; ninguna de ellas más poderosamente destructiva que la familia. (David Copper)

LA ESCUELA: Las escuelas son lugares nefastos para los niños. La educación es algo que una persona consigue por sí misma, y no algo que le otorga o pone a su disposición otra persona. El niño que se educa a sí mismo, y si no lo hace él no lo hará nadie, debe gozar de libertad, al igual que el adulto, para decidir cuándo, en qué medida y de qué forma debe utilizar cualesquiera recursos que pueda ofrecerle la escuela. Existe un número infinito de vías para la educación; cada discente debería y debe sentirse libre para elegir, encontrar y construirse la *suya* propia. (John Holt)

LA RELIGIÓN: He aquí la fuente de todo lo que les proponen como más santo y más sagrado en todo lo que se les hace llamar piadosamente religión. He aquí la fuente y el origen de todas estas pretendidas *leyes* santas y divinas que se les quiere hacer observar como procedentes del mismo dios. La religión es la fuente y el origen de todas estas pomposas y ridículas ceremonias que nuestros sacerdotes simulan hacer con fastuosidad en la celebración de sus falsos misterios, de sus solemnidades y de su falso culto divino. He aquí el origen y la fuente de todos estos soberbios títulos de señor, de príncipe, de *rey*, de monarca y de potentado, en virtud de los cuales, todos bajo pretexto de gobernarlos, les oprimen como tiranos; en virtud de los cuales, bajo pretexto del bien y de la necesidad pública, les arrebatan todo cuanto tienen de bello y mejor, y en virtud de los cuales, bajo pretexto de poseer su autoridad de alguna autoridad suprema, se hacen obedecer, temer y respetar a sí mismos al igual que dioses; y *en fin*, he aquí la fuente y el origen de todos estos vanos nombres de noble y de nobleza, de conde, de duque y de marqués de los que la tierra es pródiga. Todas las religiones no son, más que errores, ilusión e imposturas. (Jean Meslier)

EL ESTADO: Es el conjunto de todas las instituciones políticas, legislativas, jurídicas, militares, financieras, etc., por medio de los cuales se arrebatan al pueblo la gerencia de sus propios asuntos, la dirección de su propia seguridad, confiándolas a algunos que, por usurpación o por delegación, hállanse investidos del derecho de legislar sobre todo y para todos y de forzar al pueblo a respetarlos, valiéndose del apoyo que les presta el poder de todos. En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función es siempre oprimir, explotar y violentar la masa, para defender a los opresores y explotadores. Sus órganos principales, característicos, indispensables, son el policía y el recaudador de impuestos, el soldado y el carcelero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de mentiras, sacerdote o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo gubernamental. (Ericco Malatesta)

Mientras tú no te cures de esas cuatro heridas humanas, de nada te valdrán los alimentos naturales, las vacaciones en el Caribe, las terapias más caras, la música de un Albinoni ni las raíces del ginseng. Mientras te protejas bajo estos murciélagos nocturnos, tu vida será siempre una nada y te encontrarás siempre en llantos con tus fantasmas. -Ah, *muchedumbre!* Mientras tú rompes las vidrieras de tu casa, *yo* intento entenderte. Quizá te ame un día. Quizá te ame después que tú empieces a amarte. Si, te amaré un día aún sin tener olvidado Que tú me negaste abrigo y comida cuando *yo*, hambriento, me atreví a golpear en tu puerta, cuando necesitaba protegerme de la nieve y cuando estaba por un continente extraño en absoluta soledad.

-Ah, eres el mismo en todos los rincones del mundo! En las calles de Amsterdam, en un hotel de Marrakech, en una prisión de San Salvador de Jujuy, en el interior del Noreste miserable, en las salas del Vaticano, en las universidades y en los camping de vagabundos. -Siempre tú. Siempre tus juegos criminales, económicos, falsos y cubiertos por un «altruismo» estúpido! Siempre te encontré, gordo, condicionado y con agua estancada en el vientre. Siempre protegido por un escritorio, por una cuenta bancaria, con un paletó engomado y con una sonrisa hipócrita en la cara. Te ofrecía mis escritos por casi nada, por míseros centavos, apenas para mantenerme vivo en el engranaje de tu máquina social, y tú, los examinabas con una expresión falsa y disimulabas, sin coraje para mirarme a los ojos o, entonces, me pasabas los centavos, como si *yo* fuera un mendigo con quien tú habías simpatizado.

Siempre tu gesto de omnipotencia, aún cuando conoces tu impotencia... aun cuando sabes que eres impotente, no sólo para el amor, más para el arte, para la música y. lo peor, para la vida. Nunca te interesaste por la libertad, ni por la sabiduría, ni por una real emancipación humana. Siempre huiste para los brazos de las cosas inmediatas y, cuando hiciste algún «sacrificio», lo hiciste siempre con la esperanza «celestes», nunca para tornarte sencillo y útil¹.

-Ah, Populacho! Ya no sabes caminar y tus músculos se atrofian aun cuando practicas deportes absurdos que, en el fondo, poseen un único sentido: desviar tu potencia sexual. A veces recurre a la Yoga, al campo, a la esgrima o a la meditación trascendental, pero lo haces siempre como un fanático y siempre como Populacho. No te profundizas en nada, eres tan superficial como el brillo del mar... y, en el simbolismo de Jung, tu habitas el litoral de la isla; cualquier alteración de las aguas y luego eres tragado. Transformado y te pierdes en tus propios laberintos. Haces con tus semejantes lo mismo que los Dinkas hacen con un hipopótamo abatido, porque quieres, al mismo tiempo, besar tu dios y abrazar tu diablo. Eres dualista, esclavo del bien y del mal, corrupto y sentimental, y por eso, está; atascado en un lodazal de creencias populistas y morbosas.

Cuando disminuyo el paso en una tentativa de oírte, mi alma herida te grita las mismas palabras de Mefistófeles:

Tu galanteador «sensible y ultrasensible», una sencilla ramera te deshace. Eres hijo de la zombaria, hecho del lama y de fuego...

¹ Pronto llegará el día, en que sentiremos vergüenza y asco no *ya* de comer una comida de cinco platos. servidos por lacayos. sino una comida no preparada por nosotros mismos; dará vergüenza no *ya* montar caballos de carrera. sino ir en coche, cuando se puede ir caminando; usar entre semana vestidos. Zapatos, guantes que no sirven para trabajar: será vergonzoso dar a los perros leche y pan blanco. cuando hay Quien no tiene leche ni pan blanco. y utilizar lámparas y velas cuando no se trabaja y encender el horno cuando no se prepara la comida mientras haya gente sin luz y sin calefacción. -León Tolstoi.

Las personas que no tienen orgasmo son caracterizadas por las mujeres que limpian diez veces por día la casa y por los hombres que nunca tienen tiempo para el ocio, que quieren acumular dinero y títulos. obsesivamente. Reich llama a esta enfermedad: «*La Plaga Emocional*»

Ayer estuve delante de ti, y tú temblabas los dedos, limpiabas frecuentemente la garganta y otra vez encendías un cigarrillo, como si yo te pudiera derretir con un toque o con una mirada. Tu miedo me pone triste y cuanto más sencillo me presento delante de ti, más siento que me temes. Hablas en un torbellino, cuéntame tu vida, tu dolor, tu deseo y no tienes tiempo para oírme' ni para relajar tu cuerpo, ni para mirarme a los ojos.

¿Por qué?

¿Por qué te dejas llevar así en ese «descabido» paso de ave herida? -Ah, ahora yo siento que te quiero! Siento que te puedo dar mi abrazo de paz, aun sabiendo que no sabrás interpretarlo correctamente, porque te orientas por una brújula del siglo XIII, porque eres *mu*y vulnerable y porque cargas en tu seno una paradoja inaceptable.

Noches.

Madrugadas.

Mañanas claras del sol blando.

Amores en nuestras memorias eternas, crepúsculos lentos en medio al olor de ciprés... ah; todo eso se escapa por las brechas de tu espíritu, desapercibida e inútilmente. Eres un rey, Populacho. Un Rey como muchos esclavos, pero el tiempo te fue aprisionando en una bodega oscura de tu castillo y la oscuridad te fue tornando ciego, insensible y perverso.

Todos los días, disfrazadamente, tú me interrogas sobre la vida, sobre el matrimonio², sobre la revolución, sobre el alma humana, sobre los hijos, sobre el trabajo y después, como un pobre mercenario, como un muerto que aún camina, como un espectro de la verdadera posición humana, tú concluyes: eres un perverso, un vagabundo, un comunista y un endemoniado. Tener la libertad de gritar durante el orgasmo es para ti «perversión». No estar esclavizado a ningún trabajo alienado es para ti «vagabundeo». Haber superado la enfermedad de la propiedad privada es para ti «comunismo», no creer en tu dios idiota e imposible es para ti estar «endemoniado». Todo eso por estar enfermo.

Dormí propositivamente entre tus hijos y entre tus hijas por todos los palacios y buhardillas de los continentes y puedo decirte: ellos tienen por ti un odio irreparable. Tú, farsante, los rechazaste aun cuando estaban en el útero de la madre y sólo los generaste para adquirir seguridad, para dar muestras de tu virilidad (los cerdos y los perros también pueden tener hijos) para que hereden tus riquezas y para que garanticen tu vejez. Tus vanidades fueron más allá de tu vida y ahora tú deliras con el deseo de eternidad, te esclavizaste a ti mismo con creencias fantásticas, como la de dios y del dinero y no quieres admitir que tu cuerpo, este mísero cuerpo de Populacho, vaya mañana, para el mundo de los gusanos y que de él, nada se mantenga. El delirio te llevó al sueño de la reencarnación, del renacimiento y de la vida infinita.

-Pobre Muchedumbre! Sacrificas el mundo real en la búsqueda de un mundo quimérico, en la búsqueda de un mundo de débiles mentales «visitaron» en las crisis de la enfermedad. -Levántate Muchedumbre! Libérate de todas estas trampas que te aniquilan y elévate como un águila por las cumbres de la existencia. Camina descalzo por todos los caminos del mundo, diagnosticando la fiebre de los pueblos, la nocturna melancolía de un barrio de negros y el desperdicio inhumano de la historia. Mira dentro de los ojos que se cruzan con los tuyos y haz el amor en un tren que va desde Viena

² La institución del matrimonio convierte a la mujer en un parásito y la obliga a depender completamente de otra persona. La incapacita para la lucha por la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación y le impone después graciosamente su protección, que es en realidad una trampa, una parodia de carácter humano. -Emma Goldman

hasta Estambul. Despierta de este sueño letárgico en que bajaste y la vida te espera de brazos abiertos, siempre con la inocencia de niños saludables... Al momento en que pudieras gritar «NO» a todas las mierdas sociales y que dejes tu cuerpo correr libre por los caminos que no hay, entonces tendrás otra visión de ti y del mundo.

-Mira más allá!

-Cree más en tu corazón que en tus ojos!

Cree más en el mundo primitivo que cargas dentro de ti y en aquello a que fuiste destinado a ser y no te sometas a dogmas idiotas de eunucos, ni a las imposiciones represivas de quien no ha buceado por las cosas más agradables de la vida.

Cuando te digo eso, tú me ironizas y me acusas de idealista-soñador y al mismo momento, te entregas a tu «corrida» de loco.

Entonces me retiro cabizbajo y avergonzado³ de mí mismo, intentando violar y profanar tu historia milenaria e intentando aceptarte para siempre como Populacho.

³ Ahora consumo mis días en mi covacha, encalabriñándome con el consuelo maligno y vano de que el hombre inteligente jamás llegará a ser nada serio, que sólo el imbécil consigue algo. Sí, señores. el hombre inteligente está moralmente obligado a ser una criatura sin carácter: el hombre de acción. suele ser mediocre, esa es mi convicción de cuarenta años. -Feodor Dostoievski

CAPÍTULO III

Crearemos un DADA cotidiano, una antiestética de la vida de todos los días. Lo que está más allá de la belleza será inventado por el acto revolucionario; creado por gestos sutiles, tus ojos cruzándose con los míos en la calle y viéndonos por primera vez, la imagen de una muchacha china agachándose para atarse el lazo de los zapatos, con la punta de su larga cabellera negra acariciando el pavimento, y será creado por el descubrimiento de la disciplina no ordenada o de nuestra auténtica Locura.

David Cooper

Por algún tiempo hicimos el «amor» tu hija y yo, y lo hacíamos de la forma más animal y más pura posible, caminábamos bajo las noches estrelladas, oíamos música de Piazzola y estudiábamos Schopenhauer... pero, tú declaraste guerra a nuestro «amor» ya nuestra realidad, apenas por que nosotros no aceptamos tu obsesión maníaca por valores medievales. Después entregaste a tu hijo⁴ a una clínica-manicomio, porque decías que él había penetrado en el mundo de la Sin Razón. Apenas porque él rechazó tu neurosis obsesiva, tu hipocresía delante de la sociedad y tu deseo de dominio, tu odio lo llevó al insoportable terreno de las cuatro paredes negras, de donde no saldrá nunca. André Breton ya decía inteligentemente: “Sólo al acercarse a lo fantástico la razón humana pierde su control... Tiene todas las posibilidades de traducirse como la emoción más profunda del ser, emoción que no tiene otra alternativa más que la de responder al eterno llamado de los símbolos y de los mitos.” Pero, ¿qué significa eso para un asno?

Te observo que discursas en grupos de café y que miras sarcástico para una mujer que pasa y miras casi únicamente para sus órganos genitales y haces fuerza para hacerte reconocer como «macho» delante del grupo de monos como tú.⁵ En tu cofre dormitan monedas ajenas que, por ironía, te hicieron esclavo y siervo. Todas las veces que las tocas tiemblan tus dedos y sólo tienes dos opciones: tornarte un libertino despreciable o un tirano insoportable. De monedas es tu moral. De remordimientos es tu historia y de mentiras es tu existencia. La altitud ilusoria que tiranizas es siempre una altitud «catastrófica» y, como lo sabes; el «mal de las altitudes» sólo ataca a aquellos que no fueron hechos para las altitudes. Entonces, tienes que arrastrarte, te falta el aire, las fuerzas, te domina la náusea y la debilidad inconfundible del Populacho. Pides ayuda a tus hechiceros, santos y dioses que, aun siendo sordos para tus gritos de abandono, son para ti los creadores y dominadores del todo.

Para ti sólo te interesa el dinero, el filantropismo y los clubes.

Quieres siempre estar en rebaños, ocultarte, confundirte, distorsionar tu esencia pura por una máscara de bárbaro. Yo sé que difícilmente podrás cambiar, que asesinarás otra vez a Trotski, que Quemarás otras mil veces a Giordano, que atacarás otra vez al Vietnam, que derramarás napalm otras cien veces sobre niños hambrientos y que por fin, recibirás el premio Nobel de Paz.

-Ora, ora! Tú que cargas preservativos de caucho en los bolsillos jamás podrás creer en eso que te digo, ni tampoco en aquello que hago. Entre tú y yo se abrió un

⁴ Los niños no son propiedad de nadie. no pertenecen a sus padres. ni siquiera a la sociedad. Pertenecen solamente a su propia libertad futura. -Miguel Bakunin

⁵ El hombre medio, con su autosuficiencia, su ridículo aire de superioridad y su paternalismo hacia el sexo femenino, no puede servir al tipo de mujer descrito en «Character Study» de Laura Marholm. Tampoco puede servirle el hombre que no ve más que su mentalidad y su genio, y que logra despertar su naturaleza femenina. -Emma Goldman

abismo profundo. Yo *soy* el vagabundo que se queda al sol delicado de la primavera; tú eres el señor que pasa cercado de siervos. Yo, como cuando tengo hambre; tú, tienes hambre cuando no comes. Yo vivo; tú existes, las piedras y los caballos también existen.

-Oh, Populacho! Nunca hiciste una mujer llegar al orgasmo y tú falsa sexualidad machista se revela siempre en tu eyaculación precoz, en tus celos y en tu exclusividad. Impides que tu mujer conozca otros hombres, porque sabes que te abandonará pronto. -Pobre de ti! -Pobre de tu mujer! -Pobres de tus hijos y de tus hijas! Gastas la vida para ganar la vida, mientras tu sexualidad se va para la nada y tú vas rápido para la neurosis y tus hijos te temen, y se pervierten por tu culpa. Comes carne como una hiena, tienes que beber tequila para soportarte y tu cuerpo trae a la superficie las enfermedades que sustentas.

Hace mucho que te miro con interés.

Me intereso por tus gestos y por tu pantomima. A veces simulas reformas y entonces, te tornas un Hippie, un Hare Krishna, un orientador de novios o un policía secreto, pero en los finales de semana te codeas en los estadios de fútbol y aplaudes como un idiota por asalvajados que tienen un IQ bajo de 70. Cuando mucho, te tornas un intelectual y entonces eres atacado por la miopía, por la pedantería y por la manía libresca. Entre tu teoría y tu práctica hay un abismo inalterable. Escuchas las mentiras más degradantes y mueves la cabeza en tu tradicional gesto afirmativo y abres tu sonrisa hipócrita y bates palmas al mismo tiempo dejas que tus hijos sean domesticados en escuelas inútiles y por profesores neurópatas. Te fuiste tornando en un organizado, un esclavo público y tienes obsesiones compulsivas por normas y reglas que sólo hacen ahogar tu mundo sano, tus valores reales, tu anarquista latente y, nunca permitiéndote con eso, expresar tu *locura primal* El dinero es tu dios, tu diablo y tu querubín asexuado, sin él. Tú te consideras un nada y *te* implantas una bala en el cerebro. Tú, tienes carapazas en esta cara gordinflona, en ese vientre retraído y en esa coreografía de paria.

Te *estoy* observando siempre, buscando en mí las cosas que más odio en ti, sintiéndote y oyéndote atentamente por donde andas. A veces me dirijo a ti y casi siempre no me entiendes, y casi siempre estás con miedo, con angustia y con deseos de morir. Casi siempre empiezas a jugar con los dedos, enciendes un cigarrillo y jamás me miras en los ojos. Tu voz cambia inmediatamente, inventas siempre un motivo para evadirte, sufres y te percibes como un hombre acabado. Todo eso por nada. Cuando *estoy* en tu casa tú quieres de inmediato que *yo* coma o beba, para que así nosotros no necesitemos decir nada, pensar nada, crear nada. Cuando hablas, sólo lo haces de tus «bravuras» o conquistas sexuales, de tu herencia patrimonial y de tu valentía que jamás puedo percibir. No sabes escuchar ni te interesan las vivencias ajenas, una vez que te consideras el centro de la Isla Terrestre. Tú eres una clase universal, explotadora, dominante y única. Pocos hombres y pocas mujeres no pertenecen a tus filas y pocos somos los que te sorprenden dando adiós a la vida. ,

Tú te tornaste importante visitando un templo budista, denunciando una organización Maoísta o jurando «amar» a tu prójimo. En todos tus gestos descubro tu odio por ti mismo y. quien así no ama, imposibilitado está de amar a los demás. Tú ignoras y no escuchas jamás al viejo sabio que habita en tu corazón, ese viejo tan antiguo como el mundo, conocedor de todos los dolores y de todas las alegrías y que, podría elevarte en un dedo y tornarte íntegro.

¿Por qué? ¿Por qué Populacho?

¿Por qué te mantienes así, en esta comedia sin fin, donde las cortinas son tus propios párpados y donde los personajes son tus propios verdugos inconscientes? ¿Por qué te sometes? ¿Qué fuerzas te conservan en pie, delante de tantas descargas de odio y

de miedo? Ayer tú estabas en un grupo de ciencia, pero ninguna de tus palabras te salían imparciales, con sencillez. Tú siempre luchabas por valores tradicionales, por la existencia de una «estabilidad humana» y la envidia te traicionaba en público. Tú, para mí, tienes una visión corta, dirigida y fundamentada en una niñez de traumas no recuperados. Eres esclavo de creencias de orden cero, y lo peor, tienes una necesidad enfermiza de hacerte pasar por sabio. Cuando alguien que estudió toda la vida (*no en libros, sino en las fuentes inagotables de la propia vida*) te revela algo relacionado con una visión global, con otra concepción de lo ya conocido, tu neurosis sumergida se manifiesta intentando negar el conocimiento real y te agarras a valores morales, a crímenes históricos intentando borrar todo aquello que te lacra en la conciencia un eslogan de desgracia. A veces, te sorprendo que me miras con curiosidad, siempre queriendo verme como deseas, nunca como *soy*. Porque no sacrifico mis mañanas, ni mis noches en cambio de un trabajo de esclavos, tú me acusas de subvertir el orden social. Porque no acepto tus divinidades eunucas, tú aumentas tus técnicas de tortura. Porque rechazo tu compañía, tú me dedicas un odio declarado. Yo quisiera hacerte conocer los orígenes de las reglas que eternizas, *los* orígenes de la familia, del capital, de las religiones, del estado y de las ideologías por las cuales tú tienes ataques histéricos.⁶ Todas las ideologías son una gran mierda si tú no te emancipas delante de ti mismo, si tú no vas más allá de ti mismo, más allá de esa conciencia insignificante que te elude y que te permitió edificar tu morada aliado del mundo de la magia. Sí, ahora me *doy* cuenta de que tú eres un mago. Un mago que, cuando niño, fue obligado a ser «responsable», a negarte a ti mismo y a seguir callado por la trilla que dementes crearon. Pero, debo decirte que tu magia es cíclica, débil y superficial, tan efímera como tú, como tú que necesitas igual a los carteros de Kenia, de unos buenos latigazos, para despertar, para abrir los ojos, estos ojos dormilones y esa mente obtusa de muchedumbre.

Todo aquello que no tienes valentía para hacer, ordenas que adicionen en el código universal de moral... y los seguidores son siempre muchos.

En una carretera de Marruecos, tú me hablas del Alcorán. En mi niñez, tuve que oler siempre el viejo papel de la Biblia. En Munich, tu hija intentó seducirme para el mundo de los Hare Krishnas. En un callejón de Viena, usabas una chistera negra y enseñabas el Talmud. Argumentas que la China siempre se dirigió a través de la sabiduría del I CHING y que los espíritus están siempre vigilantes sobre las cabezas anónimas del mundo... qué novela cómica. Inventas millares de dogmas, siempre en una tentativa de esconderte y de olvidarte de tu rol real, como hombre y como ser.

Cuando por «milagro» no eres religioso, entonces eres marxista, o musolinista, o maoísta, o fascista (casi siempre), o revendedor de automóviles... Siempre la misma visión miope y limitada del todo. Siempre intentando cubrirte con la chaqueta falsa del humanismo, del altruismo y de la productividad. Pero, *yo sé muy* bien lo que habita en tu intimidad. Sé *muy* bien lo que piensas cuando te despiertas, cuando saludas un «inferior» o un «superior», cuando discursas en público y cuando percibes que la multitud te aplaude frenéticamente.

Sé lo que piensas cuando te presento la mujer con quien vivo, lo que piensas cuando juegas una moneda a un mendigo ciego y cuando atribuyes el mal del mundo a

⁶ La compulsión monótona solamente sirve para el adiestramiento falto de vida que asfixia todo intento de iniciativa vital y crea súbditos en lugar de hombres libres. La libertad es la esencia de la vida, la fuerza impelente de todo desarrollo intelectual y social, la que crea cualquier proyecto para el futuro de la humanidad. La liberación del hombre de la explotación económica y de la presión intelectual, social y política. Que encuentra su expresión más cabal en la filosofía del anarquismo. es el primer requisito para el perfeccionamiento de una cultura social superior y de una nueva humanidad. -Rudolf Rocher

un determinismo causal. El determinismo causal es la manera más «científica» que inventaste para justificar tu miseria y tu enfermedad. Yo sé el significado de tus pestañas, de tu posición de lotos y de tu perfume francés. Juegas con tu niño delante de los otros, porque los curas siempre hablan de lo mismo, pero en tu casa, lo abandonas en una cuna de palma y te arrepientes siempre de haberlo generado. Sólo soportas y sólo lo alimentas, con la condición de que él pueda venir a ser todo aquello que tú, por debilidad, no pudiste ser: un noble, un dictador, un ñero. Sí, en tu intimidad piensas como el viejo criminal Satín: *«una muerte es una tragedia, millares de muertes, es apenas un dato estadístico»*.

Tú. Populacho, reconstruirás otra vez en campo de concentración de Oachau y los trenes irán otra vez de Polonia y Austria, cargados de cadáveres, de mujeres violadas, de niños muertos de hambre y de inocencia. Cadáveres sin nombre, sin sangre y sin nada; apenas con una etiqueta en el corazón: judío, negro, gitano, libre pensador, individuo, hombre de valor. Un ser que captó el sencillo secreto de la vida.

Yo sé que no me entenderás, pues no hablo de tu conciencia de mono, sino de tu inconsciencia, que es mucho más responsable por tus actos. El mundo de la conciencia de está acribillado de falsas imágenes, de máscaras incorporadas a la carne y al espíritu,⁷ mientras el mundo inconsciente, contiene toda tu historia milenaria y te dirige del subterráneo donde jamás tuviste interés en penetrar.

Tu vida real está ahogada en el fondo de tu alma... mientras tú como un perro servil y cobarde, levantas vuelos en las alas de tu vida artificial y falsa del cotidiano.

«... no se ha introducido en ti nada extraño; una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento ya la soberanía de tu voluntad. Por eso es tan débil tu defensa; combates con una parte de su fuerza contra la otra parte, y no puedes reunir; como lo harías contra un enemigo exterior, toda tu energía. Y ni siquiera es la parte peor, o la menos importante, de tus fuerzas anímicas la que así te ha puesto enfrente y se ha hecho independiente de ti. *Pero es toda la culpa tuya*. Has sobreestimado tus fuerzas, creyendo que podías hacer lo que quisieras con tus instintos sexuales, sin tener para nada en cuenta sus propias tendencias. Los instintos sexuales, se han rebelado entonces y han seguido sus propios oscuros caminos para sustraerse al sometimiento, y se han salido con la suya de un modo que no puede serte grato. De cómo lo han logrado y qué caminos han seguido, no has tenido tú la menor noticia; sólo el resultado de tal proceso, el síntoma que tú tienes como un signo de enfermedad, ha llegado a tu conocimiento. Pero no lo reconoces como una derivación de tus propios instintos rechazados ni sabes que es una satisfacción sustitutiva de los mismos.

Ahora bien, todo este proceso sólo se hace posible por el hecho de que también en otro punto importantísimo estás en error. Confías en que todo lo que sucede en tu alma llega a tu conocimiento, por cuanto la conciencia se encarga de anunciártelo. Y cuando no has tenido noticia ninguna de algo, crees que no puede existir en tu alma. Llegas incluso a identificar lo «anímico» como lo «consciente», esto es, con lo que te es conocido, a pesar de la evidencia de que a tu vida psíquica tiene que suceder de continuo mucho más de lo que llega a ser conocido a tu conciencia.

Déjate instruir sobre este punto.

Lo anímico en ti no coincide con lo que te es consciente; una cosa es que algo sucede en tu alma, y otra que tú llegues a tener conocimiento de ello.

Concedemos, sí, que por lo general el servicio de información de tu conciencia es suficiente para tus necesidades. Pero no debes acariciar la ilusión de que obtienes noticias de todo lo importante. En algunos casos el servicio de información falla, y tu

⁷ No obstante. estoy firmemente convencido de que, no sólo una gran parte de la conciencia. sino toda la conciencia. es una enfermedad. -Lo sostengo! -Feodor Dostoievski

voluntad no alcanza entonces más allá de tu conocimiento. Pero, además, en todos los casos las noticias de tu conciencia son incompletas, y muchas veces nada fidedignas, sucediendo también con frecuencia que sólo llegas a tener noticia de los acontecimientos cuando los mismos se han cumplido *ya*, y en nada puedes modificarlos.

¿Quién puede estimar, aun no estando tú enfermo?.. Todo lo que sucede en tu alma sin que tú recibas noticias de ello o sólo noticias incompletas y falsas.

Te conduces como un *rey* absoluto (populacho) que se contenta con la información que le procuran sus altos dignatarios y que no desciende jamás hasta el pueblo para escuchar su voz. Adéntrate en ti, desciende a tus estratos más profundos y aprende a conocerte a ti mismo; sólo entonces podrás llegar a comprender por qué puedes enfermar y, acaso, también a evitar la enfermedad.⁸

En los domingos tú llenas las calles de París a procura de sellos usados y, con tu lente de aumento, buceas en papeles viejos como una polilla. -COLECCIONADOR!

Este es el más noble título que tú mereces, todo coleccionador es un imbécil, un tonto, un caduco, un sentimental y agiotista frustrado. Y, cuando no procuras antigüedades, entonces vas al Louvre o a otro museo de arte primitivo, surrealista o clásico (esta última siempre te conmueve más) y sales con reproducciones de Van Gogh o de Dalí o de Rubens, bien a muestra, para que la muchedumbre que te rodea pueda confundirte con un hombre emancipado, para que la muchedumbre te pueda ver como un hombre que conoce de arte y que tiene como guión, la sensibilidad. Cuando vivos los pintores, tu los sobrenombrabas de hipocondríacos y de pervertidos sexuales... luego después de sus muertes (prematuras siempre, por tu causa) vas en corbata a los centros culturales, para participar en las subastas con el dinero en las manos y con una cara de demencia precoz.

-Compras todo!

-Exhibes todo!

Y como tertuliano, tú piensas: *Creo porque es absurdo*.

Abres clínicas, hospitales, laboratorios, haces cirugías absurdas y violentas con tu bisturí o con tu estulticia a los ingenuos que a ti se entregan y, después, les robas la casa, los hijos, los libros, para cobrar tu «trabajo». La humanidad está esclavizada por dos mafias que tienen que ser destruidas; la mafia Verde y la mafia Blanca. La mafia Verde no sabe lo que es la libertad, no sabe lo que es un delito, no sabe lo que es un grito ni donde está concentrado el origen de la agresividad. Por lo tanto, es inútil y peligrosa. La mafia Blanca no sabe que es un organismo vivo y se llena de orgullo por ser «especialista». No sabe que un órgano aislado no existe y que no es posible creer en una fisiología fundamentada en cadáveres, tu medicina. Populacho, es una gran mierda y todos ustedes que la practican tienen estreñimiento, cáncer y hemorroides y, lo peor: el delirio de pertenecer a la élite social. La prueba de tu incompetencia está fundamentada en tus intestinos, en tus riñones y en tu hálito.

Eres la vergüenza de Hipócrates, el fantasma de blanco que puede violentar, matar y borrar vidas, siempre amparado por una de las mayores farsas que se llama en todo mundo: ETICA. Pero tienes mucha suerte. Estás siempre recibiendo aplausos, elogios en las iglesias e invitaciones para copular con mujeres desgraciadas. Y tú, no te niegas. Crees que todo el criminal que habita bajo tus ropas blancas es desconocido por toda la humanidad de chivos inútiles.

-Y tienes razón! Pues somos pocos los que te sorprenden en el momento del crimen.

Eres el judas de las treinta monedas (no importa si es moneda mexicana o libras

⁸ Freud, Sigmund; Obras completas. págs. 2435-2436. Tomo III (tercera edición). Biblioteca Nueva.

esterlinas) y, como vendiste a tu maestro, eres capaz de vender a tus padres, tus hijos ya tu misma alma, que en muchas ocasiones ya la vendiste por un trago de vino.

-Pobre Populacho!

¿Por qué tanto miedo habita en tu corazón?

¿Por qué dices SI eternamente, aun cuando en tu íntimo tienes sólo repugnancia?

¿Por qué hiciste la Revolución Francesa? ¿Por qué callaste delante de Himmler? ¿Por qué masacraste tanto a los indios y por qué te dejas conducir por el delirio de ser superior a una cucaracha?

Abriste una llaga profunda en el pecho de los Negros, quieres exterminar a los Gitanos, niegas la vida de los judíos, mantienes millares de vidas en el abismo del hambre y de la servidumbre más abyecta. Dices que el mar te pertenece, que los peces son tuyos, que el espacio es más abierto para ti, que para las aves... y entonces, yo no te entiendo. No consigo ir más allá de la barrera que existe entre él (Tú) real y el (Tú) irreal.

Procurar, siempre entre tus cátedras, hombres razonables y liberos; hombres que ya estuvieran más allá del charlatanismo, de la moral morbosa de los negadores de la vida, pero encontré, siempre a eruditos castrados, a doncellas y a viejos creados en departamentos y que estuvieron siempre al lado izquierdo de la vida. Me decían que los exiliados eran hombres de genio y que lo eran, porque amenazaban los gobiernos fascistas... pero yo los encontré, centenares de veces, como necios por la zona roja persiguiendo una prostituta o por otras partes del mundo, y siempre llevaban bajo el brazo (bien visible), el libro rojo de Mao, o 20 años de (aviar (Ibrain Sued), o «La manera de enriquecer rápido». -Pobre Populacho! Me repatriaste varias veces, siempre cuando descubrí que yo no tenía dinero, que yo estaba haciendo el amor con tus mujeres, que yo dormía al sol de tu patria, que yo estaba escribiendo sobre tu estupidez crónica y sobre tu burocracia miserable. Siempre que descubrí que yo, aun comiendo una vez al día, estaba siempre con los ojos brillantes, con la percepción inalterada y con una salud perfecta. Me odiabas siempre que mi libertad era el signo de tu esclavitud, siempre que me encontrabas delante de un jardín, con todo el tiempo disponible para asistir al despertar de las flores y la fiesta de los pájaros. ¿Cuándo te tornarás gente?

Estuve atento por el Estado del Vaticano y tú. Populacho, estabas allí entre los millares y en tú semblante yo veía siempre, la lucha inútil para concebir un dios inconcebible. Delante del oro, de la riqueza y del lujo de los curas del Papa, tú te bajabas sumiso, despreciable y humildemente, con un Cristo violado y colgado al cuello. ¿No tienes vergüenza de ser un paria? ¿No tienes remordimiento por entregar a tus hijos una cobardía tan grande? ¿No tienes conciencia que tu mismo estúpido como eres, tienes más valor que un cerdo? -Paradojas, paradojas, paradojas! Tú eres la más banal paradoja. Leo minuciosamente tu trabajo sobre el Ateísmo y, aunque tengas mucha erudición, demuestras estar con la mente bloqueada, en forma de pirámide. Adapta todas tus debilidades inconscientes, tus necesidades místicas, tu historia arcaica de represiones a una dialéctica dogmática y escolástica, a unos sofismas ingenuos, para convencerte él ti mismo de la existencia de «algo» elevado, de un «dios» o de otro ser que no sea demasiado humano. Para ti debe existir un dios Todo poderoso, debe existir un Jefe divino para garantizar tu existencia. Porque no entiendes una migaja del universo, tu ignorancia te hace dejar débil, de rodillas a los pies de un fantasma imaginario. Como decía Jung:

«Dios, ni siquiera es una esencia fija en la idea, mucho menos lo podría ser en la realidad».

-Tú eres tu dios, *Muchedumbre!*

Tu dios es tu hambre, tu sexo, tu creatividad y tus manos de hombre o mujer que

abren las cortinas azules en una mañana llena de sol de marzo. Tú eres el generador divino, tu propia mente es tu dios. De ti dependen todos los días, todos los años y todos los sueños eternos. En ti está lo absoluto (si es que existe) y el más largo viaje tú lo puedes hacer por dentro de ti mismo, de donde resultará tu victoria sobre la muerte o, mejor, tu reconciliación con el final de todas las cosas. Abandónate a la margen de la vergüenza en que vives y cree más en ti que en esos fragmentos diabólicos que te fueron introyectados en la cabeza aún cuando tú no tenías el poder de opción. Observa los creyentes a tu vuelta, y están siempre suspirando, con los ojos rojos, las manos juntas y una expresión de miseria estoica, implorando perdón por pecados jamás practicados. ¿A quién? ¿A quién tu debes respeto sino a ti mismo? Tu lucha y tu vida se la debes a la naturaleza ya la materia que te cerca, y la naturaleza, a sí misma se pertenece. Si no sabes aun el origen de la vida, bucea al fondo de la propia vida y descubrirás... Pero, no te acomodes con una cruz colgada al cuello ni con esa voz débil de condenado. Ve a acostarte en una piedra de la selva y oye el sonido ininterrumpido de las aguas, la inconstancia del viento y la respiración de una serpiente que quiere envenenarte. Ve y pisa con cuidado por las piedras calientes y deja que los espinos penetren por primera vez en tu carne blanca y anémica y, quédate por primera vez abierto para las voces del mundo.

-Allí está tu dios, tu diablo y tú mismo!

-Allí está la Trinidad tan incomprensible. - *Tu dios-diablo!*

Donde tú eres real y los otros dos apenas nombres vacíos y simbólicos que ya no valen nada, que sólo hablan de los temores universales, de la polaridad de la mente humana y no de ti, «efímero», «sensorial» y pensante.

-Ah, pobre Populacho!

Mira la noche por tu ventana abierta, y en el espacio están las estrellas envidiosas que juegan por un espacio inconocible. Mira las manos de tu mujer que trabaja con la miel, el viejo borracho que se carcajea bajo el árbol del futuro, el pene de tu hijo que quiere mearte en la cara y el ventarrón rebelde que derrumba las mariposas más astutas. -Ahí está la vida! Ahí está tu esencia perdida y la esencia de este mundo alcohólico. -Rebélate! -Rebélate Populacho. Quiero oír tu grito en esta noche, tu grito que aclarará para ti mismo la duda acerca de si la debilidad está dentro o fuera.